

LA TRAGEDIA. EL SILENCIO, LA PALABRA Y LOS MEDIOS

Gastón Cingolani
Universidad Nacional de La Plata /
Instituto Universitario Nacional del Arte (Argentina)

La tragedia y el silencio

Seis a. m. Nos despertó un mensaje de texto. Afortunadamente mi casa no se había inundado con la lluvia y nos fuimos a dormir con la luz cortada y la sensación de haber subsistido bien a una tormenta inusitada, sin la menor conciencia de lo que sucedía en otros lugares. Decidimos salir en hacia el barrio en el que nací y me crié, en busca del local que allí tiene mi esposa. El mensaje nos alertaba de que había quedado bajo un metro y medio de agua. El mayor espanto no me lo generó el mensaje, sino que apenas despiertos nos abrazó un silencio polar. Un silencio oscuro y misterioso, que nunca antes había estado en la ciudad. A pocos metros de andar por la calle, todavía ignorantes, vislumbramos que ese silencio era el resplandor de algo horrible. Cerca de la llegada al barrio lo empezamos a confirmar viendo el comportamiento de los autos: los que se movían lo hacían lento y sin respetar la dirección de las calles; otros estaban detenidos, en lugares ilógicos, en algún equilibrio escandaloso, como sorprendidos en posiciones indecentes. Y allí se materializaba el silencio. En la desnudez de las casas abiertas. En la impertinencia del barro metido en cualquier lado a donde uno mirara. En el agua que seguía y seguía corriendo... Pero, sobre todo, el silencio estaba en las conversaciones a muy baja voz, en gritos peregrinos, discontinuos, que buscaban ayudar y responder a los auxilios de personas que no aparecían más que en sus voces. En ese portón cerrado que no respondía a los insistentes llamados de vecinos. Y en las caras atroces, endurecidas por lo inexplicable. El silencio tenía su mayor presencia en cada una de esas caras tremendas, usadas por el espanto para personificarse.

Que se entienda: el silencio no es una figura metafórica; estaba físicamente, lo oímos todos. En *El teatro y su doble*, Artaud (1938) lo explica muy bien. A propósito de las pestes que han asolado diferentes pueblos de todos los tiempos, la tragedia se vive así. Así lo representó, por ejemplo, el teatro griego. La representación trágica no era una sucesión de palabras y diálogos; mucho menos estaba organizada como un relato. Se encarnaba en los cuerpos, en los espacios, en los rostros y máscaras, y en acciones. (La queja de Artaud era que, por fortuna o desgracia, lo que nos llegó de aquellas representaciones era la transcripción del teatro como se lo ha conocido modernamente en forma de "diálogos", justamente lo que no estaba establecido como lo sustancial en lo trágico, que eran las acciones, los gestos y las pasiones encarnadas...). Entre los griegos, el teatro como catarsis de las pasiones humanas, consistía en compartirlas colectivamente. Esto no solo quería decir *frente a un público*, sino que se producía en una continuidad entre actor y personaje, escena y espectador, representación (pasión representada) y padecimiento (pasión sentida).

No solo es asunto griego; al parecer, entre las técnicas de escritura generadas por culturas más tempranas, una de sus variantes —que Leroi-Gourhan (1964; 1982: 57 y ss.) llama *mitografías*— consistía en el despliegue de inscripciones y símbolos sin una direccionalidad lineal para su lectura; a diferencia de las pictografías como antepasado de las escrituras que emulan la transcripción del habla, el *mito* se representa bajo un modo de ocupación del espacio, bi- o tridimensional, en plena contigüidad con la escena del vivir, acompañando y enmarcando las experiencias. Como los mitos, a la tragedia no se llega por una evocación narrada a través de la palabra: la pasión se experimenta. El estatuto del mito no es correr paralelamente sino atravesar la experiencia cotidiana. Es sabido que la palabra construye una frontera: se puede escuchar el relato y permanecer afuera. Pero no es posible desalojarse del silencio. Como en la peste, todos quedan afectados, los enfermos y los otros. La tragedia penetra los cuerpos y penetra las relaciones. La acción del agua, del barro, del olor irrumpe e impregna todo. Por eso la tragedia no se narra, no resiste la linealidad del relato. Salvo que se vuelva espectáculo, la tragedia es una experiencia que envuelve todo. Y su sustancia es la acción, el gesto, la relación y el omnipresente silencio.

La palabra

En pleno trabajo de empujar barro, de a ratos pasan frente a nosotros personas que recorren la zona como turistas, como quien pasea mirando vidrieras. Casual o morbosamente, la tragedia puede ser un espectáculo. Por cómo caminan, por cómo se paran a mirar, no establecen conexión con lo que está sucediendo, con nosotros. Están fuera de escena, están solo en ellos. Ni siquiera son mirados por quienes son mirados...

Algo dicen. Comentan, entre ellos —pero a juzgar por el tono de su voz, un poco para sí y un poco a nosotros—: “¡Qué barbaridad!”, “¡Qué desastre!, ¿no?”... Decir *lo que se dice*. Lugares comunes que no solo confirman el carácter autosuficiente del silencio, sino que nos mueve a pensar: “Para decir eso, no digas nada...”. Nada cabe allí. No hay lugar para el comentario de calificación. La palabra está absorbida en la acción de ayuda, de resolver situaciones concretas, del alerta, del contacto. Está íntimamente ligada al momento, al contexto, a lo circunstancial, a lo que se está viviendo. Sin lugar para otra cosa...

Es cierto, la palabra —como el silencio— no solo ocupa espacio, también lo genera. Como sea, los espacios de la palabra son de diversos tipos. No puedo evitar remitir al pensamiento pragmático de Peirce, que los dividiría en tres. La palabra puede *calificar*, es decir, producir valoraciones, apreciaciones. La palabra puede enclavarse situacionalmente y remitir específicamente a la acción que ejerce en su entorno, funcionando ante todo como *contacto*. Y finalmente la palabra puede *categorizar*, clasificar, organizar el mundo al que refiere de un modo que apunta a la legitimación general.

Veamos: la calificación es expresión de un yo que en principio no requiere ni refiere a nadie más. Puede hacerlo, pero —como sostiene Quéré (1993), casi corrigiendo a Kant— es solo una posibilidad. Es, sobre todo, lo que separa la opinión como esfera de la subjetividad a la opinión como organización de las valoraciones colectivas. Se ha discutido bastante sobre cómo

se constituye la opinión colectiva, si es o no el resultado del agregado de las valoraciones individuales o responde a otra sustancia, afinidades, estructuras, etcétera (Mead [1937] 1997). Por su parte, la categorización busca convalidarse en un consenso no por fuerza persuasiva sino por definición, al precio de la despersonalización de sus enunciados. Ambos modos tienen dificultades para operar entre la acción y la interacción. La calificación puede quedar detenida en la subjetividad absoluta, y quedar des-calificada por impertinente. La categorización general es ciega a los detalles y su fuerza no proviene de lo que suceda entre los individuos: solo es un manto que iguala y generaliza.

Unos muchachos golpean un portón de chapa cerrado y esperan. Silencio. Nuevos golpes, apuntalados por un clamor: “¡Señora, ¿está ahí?!”. Silencio. Por la ventana de la casa de al lado, un hombre asoma medio cuerpo: “Se la llevaron anoche. Vino el nieto a la madrugada y se la llevó”. Alivio, pero parcial. Los tres jóvenes vecinos que la buscan preocupados responden: “Alguien está pidiendo auxilio, se escuchan los gritos, pero no sabemos dónde es. Pensábamos que era esta señora”. Se van para seguir buscando. El silencio entonces se hace más profundo, como para que el más minúsculo detalle pueda ser una pista del origen del ruego.

“¿No vieron un señor de unos cincuenta y cinco años, grandote, medio pelado? Vive en este edificio, es mi suegro. ¿No lo vieron?”. “Lo conozco, pero no lo vi. Fijate si en la cochera está su auto.” “Está, pero él parece que no, no responde a la puerta. Te dejo un número, ¡llamame si lo ves, por favor!”.

La palabra en una tragedia, como en la peste, no alcanza más misión que la del contacto y la organización inmediata de la acción. Por eso toma la forma de gritos, de órdenes, de pedido de ayuda, de súplicas, de preguntas... todas *acciones de palabra*, donde los enunciados más que hacer referencia a algo, interpelan, interviniendo en la relación o directamente produciéndola. Es lo que los lingüistas de Oxford (Searle, 1969) llamaron acertadamente enunciados *performativos*, lástima que quisieron radicar esa dimensión en reglas y términos generales de la *lengua*, quizás por no percibir precisamente que la fuerte imbricación con el “contexto” no se sustenta en reglas instituidas (mucho menos en las de la gramática...), sino en el sentido de la ocasión.

El tiempo es el tiempo presente: no hay historia, no hay futuro, solo aquí y ahora. Es la urgencia y la inmediatez. ¡Eso es lo que une a las personas en una tragedia! No se trata de razones. La especulación tampoco encuentra espacio. El tiempo es el de las acciones concretas para resultados inmediatos.

Los medios

La actuación de los medios en plena tragedia debe dividirse tajantemente en dos.

La llegada de los medios a la población afectada por la inundación quedó prácticamente anulada. Sin electricidad, ni (por supuesto) señal de cable o conexión a Internet por —como mínimo, según la zona— dos días, un acceso a cualquiera de los medios que dependen de la electricidad fue imposible. Por mi parte, desde esa mañana pude escuchar la radio en el auto,

en cada viaje de ida o vuelta de mi casa al barrio en el que estuve ayudando (La radio del auto también fue excepcional: muchos perdieron su vehículo, sobre todo por la afectación de la parte eléctrica). Además, esa misma tarde me conseguí una radio de pilas. Dos mundos se abrieron ante mí. Por un lado, pude tener una idea de la dimensión general de lo que estaba sucediendo. Esa percepción no fue inmediata para la mayoría; tardó, según el caso, dos o tres días. Tal vez no haya sido importante tenerla, el barro ocupaba todo... Pero a medida que pasaban las horas, fue creciendo el tamaño de la tragedia, con las noticias, los datos, las anécdotas, y sobre todo los pedidos de ayuda. Ese mundo colectivo, no inmediato, tiene la forma que le dan los medios en tanto masivos, lo que se mide en horas de radio y de televisión, centímetros y centímetros de páginas impresas y en pantalla, y se extiende o contrae a ritmo y medida de las lógicas mediáticas. Nuestra sociedad fue legando, desde hace más de un siglo, esa tarea en los medios masivos, y hoy nos parece natural que así funcione, tanto como lo es el hecho de que nos quejemos de su labor.

Este mundo de la representación (ahora está de moda decir *construcción*) general y colectiva se encontró con otro mundo, menos frecuente, pero esta vez también activado por algunos medios. Particularmente la radio fue vehículo fundamental en la gestión del desenvolvimiento de la ayuda, y por lo tanto propició el contacto con la dimensión de lo particular. Algunas pocas emisoras, las que estuvieron al resguardo del castigo del temporal o pudieron autoabastecerse de energía y personal, entablaron un servicio de conexión entre quienes necesitaban ayuda y quienes la podían ofrecer. ¿Pero por qué la radio? No es muy difícil la respuesta: la televisión local en La Plata nunca tuvo gran desarrollo, y su inserción en la vida social es casi imperceptible. Es cierto, comparada con la radio o con el periódico, genéricamente la televisión ha sido y es un medio menos territorial, menos anclado en el entorno cercano; su proyección fue más bien centrífuga. Por el contrario, los diarios locales tienen una operatoria muy arraigada en la vida social circunscripta a la órbita regional, y como tales ni siquiera compiten en términos de agenda con los llamados “diarios nacionales”. Pero su producción y circulación no está en fase con el ritmo de lo que está sucediendo: el impreso es un medio de la palabra, de la reflexión y de la información *en pasado*. Por su parte, la radio, potenciada por la simultánea situación de colapso o carencia de los servicios telefónicos, intensificó su capacidad de enlace con la inmediatez cronológica. Por la excepcionalidad de la tragedia, en gran medida se vio despojada de su impronta editorial, para dar lugar a una condición de servicio público en un estado casi puro.

Recién un par de noches después pude volver a ver televisión. Ese silencio forzado me resultaba extraño, sobre todo por el contraste con la posibilidad de apreciar lo que sucedía solo a través de la radio. La costumbre de haber “vivido” otras tragedias —ajenas hasta ahora— por televisión, y la famosa deformación profesional, me generaban la intriga de cómo se estaría mediatizando lo que sucedía.

Recuerdo que la misma tarde previa a la tormenta comentamos en casa, y no dejamos de hacer bromas, sobre las dificultades del gobierno macrista para hacer frente y dar alguna explicación de por qué todavía se siguen inundando gravemente algunos barrios de Buenos

Aires. Un par de noches después, encuentro el mismo tipo de escena televisiva, pero esta vez en referencia a La Plata: personajes que opinan detrás de un escritorio de noticiero, o alrededor de una mesa, sobre distintos aspectos generales de la inundación. La sensación fue parecida a la que tuve cuando transeúntes se paraban a mirar cómo sacábamos barro de adentro de las casas: su posición es literalmente *obscena*, es decir, están *fuera de escena*. ¿De qué hablan? o mejor, ¿para qué hablan? ¿para quién hablan? ¿pensarán que aportan algo? ¿De qué sirve ese espacio en los medios? Sentí la necesidad de que hagan silencio...

Los días posteriores —mientras duró en agenda— la tragedia fue tematizada con móviles en vivo, y con una ruptura de la ritmación habitual (algunos canales más que otros).

Revisar el desarrollo del comportamiento mediático en las primeras horas de la tragedia nos lleva al encuentro de esta doble faz. Tomemos prestada la distinción de Latour (2008) entre *intermediarios* y *mediadores*. El autor va por la idea de que lo social no está preconstituido ni es una condición *a priori* de cada acción, sino que, por el contrario, se construye en la transformación gestionada por una entidad (“actor”) que coactúa con otras, que hace hacer cosas a otras entidades (actores individuales o no, humanos o no). En tal sentido, si un actor solamente vehicula una acción *sin transformación*, se trata de un mero intermediario. Por el contrario, cuando su intervención aporta una dosis de incertidumbre y produce un efecto sin el cual la relación no se hubiera dado de esa manera, estamos ante un mediador.

La inundación fue un mediador por excelencia. Lo social generado a partir de ella hizo que muchos actores, al principio fundamentalmente individuales, y progresivamente también actores colectivos, hicieran muchas cosas. Se le llamó “solidaridad” hasta el hartazgo. Hasta el hartazgo en serio: un amigo me dice unos días después: “Si vuelvo a escuchar la palabra *solidaridad* otra vez creo que voy a vomitar”. ¿Cuántas cosas se encierran en todas esas acciones ciegas, sordas y mudas, que se han llamado “salvataje”, “ayuda”, “solidaridad”, etcétera? De nuevo el lugar común. De nuevo el efecto colectivizante. A nadie escuché decir, mientras trabajaba para sí o para sus vecinos o desconocidos: “estoy haciendo solidaridad”. No hablaban. Hacían. Los nombres, las palabras, las clasificaciones vinieron desde afuera de la escena.

Los medios masivos tuvieron dos roles completamente diferenciados. Por un lado, de *mediadores* para la ayuda: el contacto inmediato, local, a través de las radios platenses, o la activación de la conciencia colectiva, a través de la televisión de alcance nacional. Por otro, de meros *intermediarios*: reflexiones inútiles, críticas y evaluaciones sin ningún efecto sobre las personas que estaban padeciendo, ni sobre los políticos y representantes del Estado, ni sobre las organizaciones sociales... Toda esa bulla verbal, esa palabra vaciada por los lugares comunes y al mismo tiempo fuera de lugar, por un tiempo no disminuyó; fue creciendo en los días siguientes, y construyó, todo y casi lo único que construyeron los medios a escala mayor: hizo de la tragedia un espectáculo. Y un día el relato terminó. Y otra vez el silencio.

Bibliografía

- ARTAUD, Antonin *El teatro y su doble*, Córdoba, Fahrenheit, s/f (orig.: 1938).
- LATOURE, Bruno, *Reensamblar lo social*, Buenos Aires, Manantial, 2008.
- LEROI-GOURHAN, André, *Le geste et la parole, I, Technique et langage*, París, Albin Michel, 1964. (ed. cast.: *El gesto y la palabra*. Caracas, Universidad Central de Venezuela, 1971).
- LEROI-GOURHAN, André, *Las raíces del mundo*, Barcelona, Juan Granica, 1982.
- MEAD, Margaret, “Les mécanismes de l’opinion publique chez les peuples primitifs”, en Albaret, Michéle, *Sociologie de la communication*, Vol. 1, n.º 1, 1997, pp. 337-348 (orig.: *The Public Opinion Quarterly*, Vol.1, n.º 3, 1937).
- QUÉRÉ, Louis “Opinion: The economy of likelihood. An introduction to a praxeological approach to public opinion”, *Réseaux*, Vol. 1, N.º 1, 1993, pp. 139-162.
- SEARLE, John, *Actos de habla. Ensayo de filosofía del lenguaje*, Buenos Aires, Planeta-De Agostini, 1994 (orig.: *Speech Acts*, Cambridge, Cambridge University Press, 1969).